

amistad y de los mismos prejuicios que le unen a los Vargas, intenta evitar, y evita, «una desgracia» (I,4), o sea la legítima aspiración de los héroes de unirse en matrimonio, del mismo modo que también por un acto de voluntad favorecido por las circunstancias, los Vargas hallan a don Álvaro, primero en Italia y luego en el convento. Pero sobre todo es sólo la voluntad de los Vargas la que, oponiéndose al destino, rechaza reiteradamente el bien de la reconciliación, la amistad y la fraternidad que le tiende generosamente don Álvaro para ceder al instinto de la pasión y a la furia del rencor y del odio. Los versos que siguen merecen especial atención: *D.A.*— «No os neguéis a la razón,/ que suele funesto ser./ Pues trataron las estrellas/ por raros modos de hacernos/ amigos, ¿a qué oponernos/ a lo que buscaron ellas? [...] *D.C.* —Guardadlo, no soy curioso;/ que sólo anhelo venganza/ y sangre» (IV,I).

Sin embargo, no hay nada como el suicidio, que recorre toda la obra, desde la escena VII de la primera jornada hasta el gesto suicida que pone fin a la pieza, que revele hasta qué punto ha gustado el Duque de jugar con el equívoco del «destino» del título, y que demuestre cómo lo que efectivamente domina la acción no es el fatalismo, cósmico o no cósmico, según la conocida expresión de Cardwell, sino la voluntad humana. Primero en forma de reacción instintiva («No, no, amor mío...; la emplearé [la pistola] en dar fin a mi desventurada vida», I,7); luego por vía racional-demostrativa en los compases finales del conocido soliloquio (III,3); más tarde, en el suicidio buscado indirectamente en la guerra, en el patíbulo y en el convento (pues, ¿qué sino morir es ese enterrarse vivo en una celda?) y, finalmente, llevado a cabo en la escena conclusiva del drama.

El suicidio, como acto de voluntad y de libertad suprema que arrebatada de las manos de Dios el destino del hombre y lo deposita, como derecho inviolable, en las del hombre mismo (Locke), preside la entera peripecia y determina su significado.

III

Arcano è tutto
fuor che il nostro dolor. Negletta prole
nacemmo al pianto, e la ragione in grembo
de' celesti si posa.

Leopardi

Transcurrida una parte consistente de la propia existencia, don Álvaro, llegado a la tercera escena del acto III, pasa revista a su vida, a la propia infelicidad.

La opinión generalizada según la cual el sentimiento es un descubrimiento romántico y la razón una conquista y patrimonio exclusivos del siglo de las Luces, motiva, creo, el que Casaldueiro perciba en el monólogo de don Álvaro, no ya la «melodía mental» de Calderón, sino la voz del corazón, el lamento del yo solo romántico. Puede que esta impresión se deba al tono dolorido del fragmento, que, en efecto, se desarrolla, en virtud de los frecuentes signos de admiración, como un grito o un quejido y no, ponga por caso, con el tono demostrativo y gnómico de un Quevedo. Pero las vibraciones emotivas del discurso no disminuyen el carácter meditativo-reflexivo del monólogo ni limitan el alcance universal de la síntesis adquirida por vía analítico-deductiva. Como en Leopardi, la vivencia individual se eleva a formulación filosófica de un rasgo constante —de una ley— de la naturaleza humana.

La reflexión que constituye el monólogo de don Álvaro *presupone* la propia personal infelicidad, pero no se agota en ella. El arranque es ya una conclusión a la que ha llegado la mente tras elaborar los «datos» que le ofrece la «experiencia», esto es, la observación de la vida propia y ajena. Durante los primeros veintisiete versos no habla el yo: habla un *nosotros*, habla la razón discursiva en nombre de todos. Sólo en un segundo momento, el hablante vuelve a la propia vivencia, que ilumina, a título de ejemplo, la concepción negativa de la existencia según ha quedado delineada en los versos anteriores, recorre parte del itinerario de la propia vida y revela, por último, la intención que los demás personajes desconocen: que en la guerra don Álvaro no busca honores y gloria, sino la muerte. Tras este breve pasaje confidencial-introspectivo, el yo abandona el registro de lo personal para remontarse de nuevo a lo general, a la cuestión teórica del suicidio, planteada con todo el rigor de la lógica mediante una ecuación: «Si el mundo colma de honores/ al que mata a su enemigo,/ el que lo lleva consigo/ ¿por qué no puede...?». La pregunta queda perfectamente formulada y, de momento, a causa de la brusca interrupción exterior del monólogo, sin respuesta. Importa, sin embargo, que la razón de don Álvaro ose plantearse, según la propia lógica moral, una cuestión sobre la cual la ortodoxia católica ha dicho ya la última palabra, y pretenda llegar a una solución del problema que, si así lo exige el razonamiento, resulte disconforme a la establecida por la autoridad. Tal vez el discurso de don Álvaro, pronunciado en «una noche muy oscura», deba entenderse como la luz de la razón que se abre paso en las tinieblas del pensamiento tradicional, acriticamente asumido.

El final de la obra, por tanto, debe verse, no como un acto de desesperación y tanto menos de desatino, como se ha dicho con frecuencia, sino como la respuesta coherente a la cuestión racionalmente planteada en esta jornada III.

Dejemos momentáneamente de lado el núcleo anecdótico del monólogo (vv. 28-100) y centrémonos en lo que constituye el pensamiento de Rivas sobre la existencia humana. Los versos 4 y 9-10 permiten conjeturar, de entrada, que don Álvaro distingue entre felices y desdichados y que, por consiguiente, está aludiendo a una injusticia distributiva. Es una primera falsa impresión desmentida por los versos siguientes, en los que se dice que la suerte cruel que agobia a la humanidad es absoluta, general e inevitable, y que la felicidad que al hombre le es dado entrever a lo largo de su miserable existencia, es sólo una crueldad con la que una naturaleza en verdad madrastra, agudiza, por contraste, el dolor de los mortales. El pensamiento de Rivas coincide con el pesimismo leopardiano, o sea, con la filosofía negativa que a la sazón se cultiva en Europa. Sólo queda por dilucidar en quién recae la responsabilidad de este estado de cosas y cuál es, o habría de ser, la actitud moral que el hombre debería adoptar ante ello.

El duque de Rivas cuida de poner en boca del héroe términos tales como *cielos*, *cielo airado*, *signo terrible*, *furor de los astros* y, naturalmente, *fortuna* y *destino*. Es lo que ha llevado a los críticos a hablar de fatalismo oriental o griego y con mayor razón a Cardwell de «injusticia cósmica». Sus labios, en esta ocasión, no profieren el nombre de Dios, pero don Álvaro es creyente y, por lo menos a nivel consciente, lo es en la línea de la más estricta ortodoxia. Piénsese en la intención de consagrar su amor con el santo sacramento del matrimonio, en sus reiteradas invocaciones al *Señor* de la tradición judeocristiana, en la visión del Dios de la Ley y de la Justicia, rodeado de la cohorte de los bienaventurados, presente en este mismo soliloquio, en la aceptación de la teoría de la reversibilidad de los méritos, «le grand mystère de l'univers», en palabras de Joseph de Maistre, implícita en su invocación a Leonor como mediadora ante el Juez Supremo.

Ahora bien: es precisamente a este Dios, de quien los demás seres humanos son meros instrumentos ejecutivos, a quien, en otros momentos, don Álvaro atribuye lo que en el monólogo citado imputa a la fortuna o destino. Así en III,7: «¡Dios eterno! ¡Con salvarme de la muerte,/ qué gran daño me habéis hecho!» (con la variante: «¡Ay don Félix de Avendaña,/ qué grande mal me habéis hecho!»); «Dármela Dios no ha querido/ con honra y con fama eterna» (IV,6).

El Dios de don Álvaro es el «Dios de Bondad» de la tradición hebraico-cristiana, cuya ira, como recuerda el Padre Guardián, es necesario «aplar». Es el mismo Dios católico de Leonor y los Vargas, cuyos atributos, asumidos como verdades que no necesitan ser demostradas, son su infinita justicia como consecuencia lógica de su no menos infinita bondad: «el cielo (que nunca impunes/ deja las atrocidades)» (V,6); «Huid, temerario; temed la ira del cielo» (V,10).

Responsable de la condición humana es sin duda este Dios que no distingue en el mundo entre justos y pecadores y permite la infelicidad de los inocentes. El Dios de la más pura ortodoxia católica se ve decididamente en causa.

IV

Una voluntad libre y una voluntad sometida a la ley moral son una sola y única cosa.

Kant

Toute la moralité de nos actions est dans le jugement que nous en portons nous memes.

Rousseau

Si es cierto que el concepto de Dios de don Álvaro no tiene en apariencia nada de heterodoxo, su respuesta moral y, por tanto, su concepción ética y religiosa revelan, en un detenido análisis, discrepancias profundas con respecto a las verdades proclamadas por la Iglesia y al sentir del mundo católico.

Don Álvaro ha hecho suyo el amor a la verdad, a la razón, a la dignidad del hombre en la libertad. La orden católica que reduce el sentido y la finalidad de la existencia a amar y servir a Dios en esta vida para adorarle en la otra, no parece decirle absolutamente nada. Como ya he dicho, don Álvaro pretende ser feliz en este mundo, en un amor que llama repetidamente «eterno», mostrando hasta qué punto el hombre nuevo coloca los valores eternos en esta tierra: «mi bien, mi dios, mi todo», exclama en su primer encuentro con la amada (I,7). Junto con los valores de la amistad y la lealtad, el valor totalizador del amor hace de él un personaje plenamente romántico, en el sentido de que hace suyos los nuevos deberes éticos propuestos por la moral kantiana. El amor de don Álvaro es eterno, no porque sea hiperbólicamente inmenso, sino porque es amor racional que posee el valor de la dignidad y como tal se eleva a ley de la naturaleza, a imperativo categórico en cuanto dirigido a un fin universalmente humano.

De ahí que la actitud mental y emotiva del héroe ante la infelicidad que aqueja a la humanidad toda, despierte, si no aún la rebelión, sí por lo menos la queja. No cabe actitud menos cristiana que la que ignora el beneficio del sacrificio y la infelicidad en este mundo con vistas a la verdadera felicidad eterna, y desprecia el valor de la humildad y la sumisión ante el inescrutable designio y voluntad divinos.

Terminado el monólogo, no hay en don Álvaro rebeldía titánica o demoníaca: hay tan sólo un primer avance, mediante el planteamiento de la